

## NUEVE CALAS EN LA BIOGRAFÍA DE UN ESCRITOR: CAMILO JOSÉ CELA

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ  
*Cátedra Camilo José Cela*

**Resumen:** A través de las entrevistas que se realizaron al novelista gallego Camilo José Cela durante las dos primeras décadas de la posguerra española, este artículo dibuja el recorrido vital y literario de un joven escritor que trata de levantar el vuelo y dejar atrás la circunstancial colaboración en los medios falangistas, para pasar a ocupar directamente las páginas más importantes de la nueva novelística en España. Periódicos, revistas y suplementos —peninsulares, mallorquines e hispanoamericanos— darán fe de la evolución del carácter y la obra de Camilo José Cela.

**Abstract:** Throughout the interviews made to the Galician novelist Camilo José Cela during the first two decades of the Spanish post-war, this article draws the vital and literary trajectory of a young writer trying to start up and leave behind the circumstantial collaboration with the Falangist circles, to directly occupy the most important pages of the new Spanish novelism. Newspapers, magazines and journal supplements —from the peninsula, Mallorca and Latin America— demonstrate the evolution of Camilo José Cela's work and character.

**Palabras clave:** Camilo José Cela, Novela, Periodismo, Posguerra, Biografía.

**Key words:** Camilo José Cela, Novel, Journalism, Post-war, Biography.

I

La vida de los primeros meses de la posguerra es sórdida. También la vida cultural. En esa encrucijada, albores de 1940, un joven alto y flaco, con escasa voluntad para los estudios de Derecho, trata de abrirse camino como escritor. Nutren su pequeño equi-

paje creador unos cuantos poemas publicados (en el diario de La Plata *El Argentino* y en la revista *Fábula*) y algunos más guardados en el cajón de los inéditos. En el ámbito personal, los años de la Guerra Civil han sido crueles. En una carta a Marcos Fingert —director de *Fábula*—, fechada en Iria Flavia el 8 de julio de 1939, Camilo José Cela se confiesa: “He sufrido mucho por dentro y por fuera y que si el sufrimiento físico y externo ha desaparecido con los últimos tiros, el sufrimiento psíquico, interno, no está en mí sino adormecido y presto a saltar con fiereza de lobo sobre mi memoria a la menor provocación, al menor intento de reconstrucción de los hechos”.

El latido de la memoria —esa fuente del dolor— tendrá pronto fisuras por donde adentrarse en su naciente obra literaria. Antes, el joven Cela, que reside desde octubre del 39 en la madrileña calle de Claudio Coello, divaga alrededor de los círculos culturales falangistas. Son días amargos. Acude a varias tertulias literarias: a la del Café Lis, en el primer tramo de la Gran Vía, a la del bar Capitol, en la plaza del Callao, y después a la del Café Gijón, el santuario de la mezquina vida cultural madrileña. Un amigo de su padre, el catalán Augusto Matóns, le coloca en el Sindicato Nacional Textil: es el empleo de un humilde escribiente. Pero los horizontes celianos están en otro lugar.

En tanto esos horizontes están al alcance, Camilo José publica artículos de circunstancias. El primero en la revista de la Sección Femenina de la Falange: *Y. Revista para la mujer* (25-I-1940). Durante el trienio 1940-1942, mientras redacta *La familia de Pascual Duarte*, que tiene terminada al comenzar 1942, sus artículos tantean con dificultoso compás (no conviene echar en saco roto la tuberculosis de fines del otoño del 41, que le tuvo internado algunas semanas en el Nuevo Sanatorio de Hoyo de Manzanares) las publicaciones de la única órbita posible en aquellos tristes y turbios tiempos, la falangista. Al margen del artículo de *Y* y de otra colaboración menor en la misma revista a finales del 41, el joven Camilo José publicó, entre diciembre del 40 y enero del 41, cuatro artículos en la revista del Sindicato Español Universitario, *Haz*. El primero es una “Carta abierta a varios jóvenes camaradas obreros”; el segundo una reseña del libro *Laureados*, del que cuidaron Fermina de Bonilla y Domingo Viladomat, delegando la parte literaria en Antonio de Obregón y Álvaro Cunqueiro; el tercero reproduce la presentación que “el camarada Camilo José Cela” hizo de la puesta en escena por parte del Teatro Español Universitario de *Las mocedades del Cid* en el teatro Español de Madrid el día primero del año 1941; por último, el cuarto, es una sugestiva puntualización a un artículo aparecido en *Estrella del mar*, órgano de la Confederación Nacional de Congregaciones Marianas. Nada tienen de trascendentes para su andadura literaria, ni siquiera para la inicial, pues tan sólo ofrecen el perfil circunstancial de lo que el propio Cela llama con ardores fatuos “nuestra acerada e intransigente ortodoxia falangista” (*Haz*, 21-I-1941), en un ademán, que un recalcitrante falangista de su generación, David Jato, calificó en *La rebelión de los estudiantes (Apuntes para una historia*

*del alegre SEU*) (Madrid, 1953) —libro tan apasionado como sesgado— de propio de “un legionario del SEU”. Desde luego, a tenor de lo que CJC publica en *Haz* la calificación de Jato es desafortunada, aunque Cela se moviese con cierta soltura y notable superioridad en los medios culturales tanto del SEU como de la Sección Femenina, delegaciones ambas de notoria importancia en la Falange Española.

El año 1941 conoce también la publicación de su primer texto narrativo. Se trata del cuento *Don Anselmo*, que vio la luz en *Medina*, revista vinculada a la Sección Femenina, y a la que accedió gracias a los oficios de Lula de Lara, compañera de tertulia en el Café Lis y buena y dilatada amiga del escritor. Se trataba del ejemplar del semanario aparecido el 24 de abril.

Pronto habrán de seguir otros relatos —hasta media docena— durante los años 1941 y 1942. A los cuentos que publicó en *Medina*, el semanario dirigido por Mercedes Fórmica, habría de sumar algunos otros que vieron la luz en *Arriba*, *Juventud* y *Primer Plano*, entre otras publicaciones de la cuerda falangista, la única viable. Todos ellos fueron a parar a *Esas nubes que pasan*, su primer libro de relatos que Afrodisio Aguado editó en 1945.

Para fines del verano del 41, Camilo José asciende de escalafón en el Sindicato Textil, que había mudado su emplazamiento: “nos fuimos a Princesa 14 duplicado, en una esquina del Palacio de Liria”, según el atinado recuerdo de CJC en *Memorias, entendimientos y voluntades* (1993). En las oficinas de Gran Vía y de Princesa, en el Sindicato Nacional Textil, escribió su genial *opera prima*, *La familia de Pascual Duarte*.

## II

Durante el año 1942, mientras peregrina por diversas editoriales con el manuscrito de su primera novela, el joven CJC publica algunos artículos que años después no recogería en su totalidad —como los de *Haz* del año anterior— en las *Obras Completas*. Al margen de su primera colaboración en *Arriba*, “¿Vocación? ¿Aptitud?” (3-X-1942), deben consignarse los cinco artículos aparecidos en *Juventud*, semanario del SEU y en el que el joven escritor ejerció brevemente de redactor jefe.

Es incuestionable que se trata de reflexiones circunstanciales al aire de la retórica de la época, que sin pertenecer al núcleo “suavemente” duro e importante de la ideología falangista, conformado por *Vértice* y *Escorial*, arrojan suficiente luz sobre el talento del joven que buscaba un lugar en el escenario de las letras españolas. En esas divagaciones de querencias falangistas, CJC prodiga en más de una ocasión un ademán para la vida que, bajo la tutela y autoridad de Menéndez Pelayo, tiene un cierto cau-

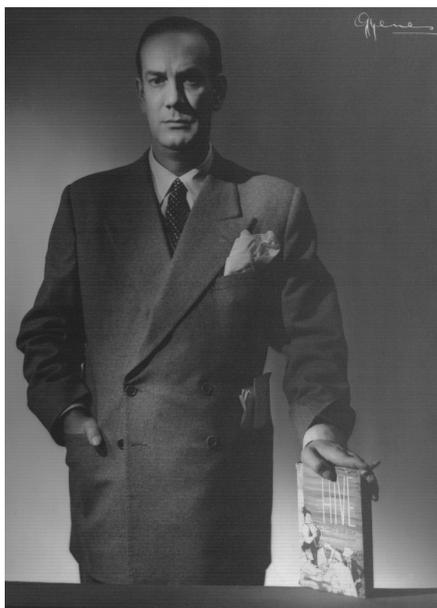
teloso compromiso. Transcribo la reflexión procedente del artículo “La brisa y el vendaval” (*Juventud*, 17-IX-1942):

“Menéndez Pelayo nos lo dice con la sencillez de las cosas evidentes, con la elementalidad de lo axiomático: ‘Ley forzosa del entendimiento humano en estado de salud es la intolerancia. La llamada tolerancia es virtud fácil; digámoslo más claro, es enfermedad de época de escepticismo o de fe nula. El que nada cree, ni espera nada, ni se afana ni acongoja por la salvación o perdición de las almas, fácilmente puede ser tolerante.’

Pero nosotros que creemos en tantas cosas, que esperamos tantas cosas, que nos afanamos y acongojamos en pos de tantas salvaciones o detrás de ¡ay! —tantas condenaciones para siempre, ¿cómo permitir que nos invada esa muelle tolerancia?, ¿cómo abandonarnos a esa mansedumbre de carácter ‘que no depende sino de la debilidad o eunuquismo del entendimiento’?—

No; seamos fuertes. Creamos lo evidente: que nuestra fuerza haya de ser directamente transmitida a la más joven juventud, a la que nos sigue, a la que canta y trabaja por estas fechas en los campamentos y en los albergues.”

Dejando a un lado la retórica que el propio Cela ayudaría a desmontar poco tiempo después (la primera lectura pública de *La colmena* data de finales de 1945), hay en la apelación al ideario de Menéndez Pelayo y en la meditación existencial que sigue un punto del adentro irrenunciable del joven escritor.



Camilo José Cela con un ejemplar de *La Colmena* en inglés

Llega octubre del 42 y el editor burgalés Rafael Aldecoa se compromete a la publicación de *La familia de Pascual Duarte*, que aparece el 7 de diciembre con una tirada de 1500 ejemplares. En un bloc de dibujo, el escritor anota con un lápiz de color azul: "El 7 de diciembre de 1942 aparece mi novela *La familia de Pascual Duarte*. Se acabó el divagar". Y ciertamente, se acabó en muchos dominios. También en los artículos circunstanciales de órbita falangista, que se diluyen casi por completo.

Atender a la recepción y a las repercusiones de su excepcional *opera prima* es capítulo que escapa de estas líneas, que quieren desempolvar algunas de las entrevistas que el primer CJC concedió. En cambio, es útil precisar una cuestión que a menudo aparece confusa en su biografía: su cambio de ocupación, que le llevaría, gracias a Juan Aparicio, a la Sección de Información y Censura de la Delegación Nacional de Prensa de la Vice-secretaría de Educación Popular de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS.

Cela no ocupó ese cargo hasta 1943, seguramente en octubre. Muy a pesar de algunos de sus apresurados biógrafos, los datos son irrefutables. Ya el propio escritor en *Memorias, entendimientos y voluntades* sostenía que el punto de partida del que arranca su nombramiento como censor no había tenido lugar en 1941. Escribía CJC en 1993: "Eugenio Suárez me dice en una carta y entre otras cosas, en una carta de ahora, de hace un año: 'Hacia 1941 (yo creo que debió ser algo más tarde, en el 42 ó 43) nuestro querido Pepe García Nieto me llevó a tu casa, donde yacías en lo que llamaban una cama turca. Semanas después me fuiste a ver en la planta baja de la Vice-secretaría de Educación Popular, donde yo ejercí durante nueve meses el denostado menester de censor de revistas. Querías que te introdujera ante Juan Aparicio.' " El proceso fue, en efecto, el descrito, pero, como ya sospechaba Cela, tales visitas se produjeron en 1943. La fiabilidad de lo que sostengo emana de que sólo se conservan anotaciones de Cela como censor desde octubre del 43, y, sobre todo, de un pasaje de las recientes memorias del *alma mater* de *El Caso y Sábado Gráfico*, Eugenio Suárez, quien escribe en *Caso cerrado. Memorias de un antifranquista arrepentido* (2005):

"Por esta época, el estupendo poeta José García Nieto, me insistió en que fuera a visitar a un amigo enfermo, buen escritor que deseaba conocerme. La verdad, poco me ha gustado ejercer esas obras de caridad, pero fui. Sobre lo que se llamaba cama turca había un delgadísimo sujeto, con una enorme cabeza. Parecía una cerilla yacente. Acababa de publicar un libro del que se hablaba en los círculos literarios: *La familia de Pascual Duarte*. Un tiempo después, quizás tres o cuatro semanas, se presentó en el despacho donde yo ejercía el infame y rutinario cometido. Como Juan Aparicio me había tomado cariño —un poco sospechoso, pues le agradaba rodearse de monstruos— me pidió que le introdujera ante el gran jefe. Tampoco sé las causas de aquella estupefaciente influencia. Tras haber padecido durante años la tuberculosis, CJC necesitaba ganarse la vida y no pesar sobre su numerosa familia. Buen catador de hombres, el director general reconoció la valía de aquel joven. Y le dio el único puesto que quedaba vacante: el mío, en la censura. A mí me envió a Budapest con una supuesta beca del gobierno húngaro, en el verano de 1943."

A esta luz es evidente que la visita inicial de Suárez a Cela se produjo ya entrado 1943 y que el nombramiento del escritor para el cargo en la Vicesecretaría de Educación Popular es posterior al verano de ese año.

Por la censura iba poco. Frecuentaba más las redacciones de *El Español* y de *La Estafeta Literaria*, al tiempo que sus relaciones sentimentales con Charo Conde se formalizaban, la vida editorial de *Pascual* pasaba coyunturales dificultades y su inflexible vocación de escritor cristalizaba en la redacción de su segunda novela, *Pabellón de reposo* (Madrid, Afrodisio Aguado, 1943).

### III

El relato sumario, pero preciso, de algunos quehaceres del joven Camilo José Cela en el trienio 1940-1943 es el telón de fondo con el que he querido presentar en los apartados anteriores las dos primeras entrevistas que se le hicieron en la prensa periódica. Las dos datan del verano de 1943 y se ofrecen en papeles falangistas: el semanario gráfico *Fotos* y el diario *Arriba*, editado en Madrid en los talleres de *El Sol* y bajo la dirección de Xavier de Echarri. La primera la firma Pedro Carballo; de la segunda es autor José María de la Vega. Los dos son periodistas falangistas; el segundo muy próximo a Eugenio Suárez, fue comentarista habitual de las primeras obras de CJC y futuro director de los semanarios *Juventud* y *La Hora*, dependientes del Frente de Juventudes y el SEU.

Pedro Carballo presenta a Cela como el exitoso autor de “la áspera historia de Pascual Duarte”, con la que asoma “al páramo de la novelística española actual”, forjando una obra literaria que atesora los valores de “nervio, auténtica creación novelística, estilo, prosa, idioma”. En referencia al éxito, lo califica de “total y fulmineo” (el lenguaje es inequívoco).

La entrevista se produce en el Paseo de Recoletos, mientras “Cela juguetea con una punta de lápiz que pende del ojal de su chaqueta. Es la insignia de la profesión”. Carballo introduce la parte central de la entrevista, que gira alrededor del perfil literario del joven escritor, con unas palabras que dan por sobrentendido que todo el mundo sabe quién es y cómo es CJC, para añadir con cierto enigma: “Sé lo del Tercio, buen injerto en tu árbol falangista”. Enigma que no va más allá de la compañía de legionarios que Cela frecuentó durante sus tiempos de artillero por Extremadura, narrados con habilidad en *Memorias, entendimientos y voluntades*, así como de la relación —mitad grave, mitad esperpéntica— que mantuvo con Millán Astray, a raíz de la conferencia que impartió el 15 de octubre del 40, “Universidad e Imperio”, en la Universi-

dad de Alcalá de Henares. En el tomo de memorias de 1993, CJC anota: “Aquel día me hice muy amigo de Millán Astray”. Muy amigo, *ma non troppo*, en rigor.

En la conversación aparecen los padres y las madres de la novela contemporánea a juicio del joven escritor. En primer lugar, Dostoeievsky y, a continuación, Balzac, Dickens, Stendhal, Baroja (“ese inmenso, extraordinario, ingente novelista español”), D.H. Lawrence, los Mann, Joyce y, por supuesto, Cervantes. Carballo insiste y le pregunta acerca de qué novelas le hubiese gustado escribir. Cela menciona *Crimen y castigo*, la trilogía *La lucha por la vida*, *La Cartuja de Parma* y la hoy olvidada *Canguro* de Lawrence, que en el imaginario de Camilo José figuraba como un gran novelista prematuramente fallecido a causa de la tuberculosis. Seguramente el joven escritor había leído la novela “australiana” de Lawrence en la estupenda edición de Sur (Buenos Aires, 1933), con traducción de Lino Novás Calvo y prólogo de Victoria Ocampo.

También destaca, sin mucho entusiasmo, a algunos novelistas españoles del día: Miguel Villalonga, en primer término, y Pedro Álvarez, Ledesma Miranda y Zunzunegui, después. Finalizando la conversación y para enfatizar su vocación de joven artista le dice a Carballo: “Tengo el encargo de dos novelas. Después pintaré —terminaré de pintar— un cuadro que quiero exponer”. Todo se andará, en efecto.

Más enjundia literaria tiene la entrevista de *Arriba*. José María de Vega presenta a CJC como “novelista de veintisiete años, celta, sajón y latino”; y de inmediato le demanda su juicio sobre la novela. Haciendo referencia al primer texto en el que definió la novela (texto aparecido en *Haz*, febrero del 43), Cela contesta:

“Pues mira, no lo sé demasiado; mejor dicho, prefiero hacer lo posible por ignorarlo. Creo, sin embargo, y me parece haber hablado de esto en cierta ocasión, que la novela sigue siendo el espejo que se pasea a lo largo del camino; no un espejo plano, fiel fotógrafo de la realidad, sino un espejo cóncavo o convexo, según los casos que deforme, siempre que convenga, el cotidiano discurrir de las gentes: el cemento —la cal o el canto— con el que se hacen las novelas.”

Reflexión que será una de las constantes de la estética y la poética de la novela de CJC, quien le confiesa a Vega que lo fundamental de toda novela es el personaje, a la par que insinúa que *Pabellón de reposo* —la novela que publicaba aquellos días por entregas— tenía señas de identidad en la poética unamuniana, analizada por esas mismas fechas en dos artículos que CJC había dado a la luz en *Arriba* bajo el marbete de “Estética de la novela contemporánea”.

Al mencionar a los novelistas contemporáneos destacados olvida a Ledesma Miranda y añade a Ignacio Agustí. Así mismo desvela los títulos de las dos novelas en las que decía trabajar: “Una se llamará *El capitán Jerónimo Expósito* y la otra *Nuevas andanzas*

y *desventuras de Lazarillo de Tormes*": La primera quedó en nonata; la descendiente picaresca vería la luz en 1944.

Otoño de 1943. CJC colabora con regularidad en *El Español*, *Arriba*, *Ya* e *Informaciones*. Comienza la irresistible ascensión de un escritor. Tiene la tutela del todopoderoso Juan Aparicio, "gran animador de la cautiva vida literaria de aquellos años exhaustos y deteriorados", según Cela *dixit* en 1993. Medio siglo antes, en las páginas de *El Español* ("Camilo y Camila") el delegado Nacional de Prensa, Juan Aparicio, atinaba en su juicio temprano sobre el escritor: "quien pone en Camilo las apuestas exorbitantes con la esperanza de no perder nunca es el propio Camilo a solas con su conciencia". Una de las apuestas habría de ser libertar la vida literaria contemporánea.

#### IV

Discurrén los primeros días del verano del 45, Camilo José Cela y Charo Conde hacen como si no existieran calamidades económicas, y veranean en Las Navas del Marqués (Ávila), donde el escritor combina el trabajo literario con sus aficiones pictóricas. A comienzos de abril ha publicado *Pisando la dudosa luz del día. Poemas de una adolescencia cruel* en una bellísima edición de las barcelonesas Ediciones del Zodiaco de Carlos F. Maristany. Precisamente al editor catalán le escribe el 29 de junio, desde Las Navas, contándole su trabajo en una novela que se llama *La ciudad llagada*, que se había llamado meses antes, al empezar a gestarla, *La clientela de María Domingo*, y que acabará por llamarse *La colmena*.

Alejado del "bonito purgatorio veraniego de Madrid", CJC trabaja de prisa, pero sin agobio. Así lo confirma otra carta de esos mismos días —finales de junio— a otro amigo catalán, Nicolás Barquet, en la que le dice: "Mi labor viene ahora centrada en dos novelas —en tres, mejor dicho— dos de las cuales podré dar a fin de temporada *Un marino mercante* y *Las aguas tranquilas*. La tercera —que creo será mi *best-seller*— va un poco para largo: es una obra de mayor envergadura. Lleva dos títulos: uno genérico —*Vagando por los caminos inciertos*— y otro específico —*La ciudad llagada*—. Es una novela del Madrid de la postguerra y va concebida en mil páginas; ya veremos en qué queda". Los dos primeros títulos jamás vieron la luz y la novela de Madrid se quedó en *La colmena*, obra maestra de la historia literaria española.

Pasado "el insoportable calor veraniego de Madrid" y entrado el mes de octubre, CJC llega a Barcelona. El motivo principal de la visita es —así lo recordaban los diarios barceloneses del día— inaugurar el 30 de octubre el ciclo de conferencias que organiza la Delegación de Educación Popular en el Ateneo. La conferencia, tal y como anun-

ciaba *La Vanguardia* (28-X), consistiría en “la lectura de unos capítulos de su novela inédita *Caminos inciertos*.” Cela, en efecto, leyó los capítulos I y II de la ya más que bosquejada *La colmena*, y completó su programa con visitas (al domicilio de González Ruano en Sitges), conversaciones, firma de ejemplares, etc. En este contexto le entrevista por primera vez Manuel del Arco, creador y maestro de la entrevista rápida, que habría de gozar del mérito de ser el periodista que más veces entrevistó a CJC a lo largo de su vida, pese a que el periodista aragonés murió treinta años antes que el escritor gallego.

Manolo del Arco había sido caricaturista de *Heraldo de Madrid* en la II República, y de *La Hora* (Valencia) y *Treball* (Barcelona) durante la Guerra Civil. Tras un paso fugaz por el Madrid de la inmediata posguerra, se asentó en Barcelona, donde fue entrevistador de *El Correo Catalán* (1942-1945), redactor del *Diario de Barcelona* (1945-1953), redactor de *La Vanguardia* (1953-1971), al tiempo que en los últimos años de su vida fue subdirector de *Tele Express*.

Del Arco caricaturiza y entrevista a Cela en *El Correo Catalán* del 31 de octubre del 45. Se trata de una entrevista rápida, audaz, preludio de las innumerables que publicó en su sección diaria, “Mano a mano”, en *La Vanguardia*. Como el propio Del Arco afirmó en más de un lugar se trata de “una conversación en la que las riendas del diálogo las lleva el periodista”. Debemos consignar que el diálogo no alcanza la maestría de los encuentros venideros que se ubicaron en *Destino* o *La Vanguardia*, aunque se trata de la mejor entrevista a CJC en los años cuarenta. Del Arco ha asistido a la conferencia de Cela en el Ateneo barcelonés. Y al finalizar la intervención “sin aire doctrinal” del novelista, se inicia su primer encuentro. Del Arco le interroga acerca de la dificultad del género novela y de su calidad de invención. Cela sostiene que la novela es un género “profundamente difícil” y, por supuesto, afirma su radical carácter de invención. Del Arco se adentra en el joven escritor y le pregunta: “¿Qué es la novela?”. Cela contesta: “Acepto la definición de Stendhal: es un espejo que se pasea a lo largo del camino”, en concordancia con la estética que había suscrito meses antes en el colectivo *Novelistas españoles contemporáneos. Antología* (1944), propiciado por Francisco Mota, bajo el seudónimo de Juan del Arco.

Casi con vértigo, Del Arco pasa a la vertiente crematística del oficio de novelista. Cela, con cierta figuración, le asegura: “Yo puedo vivir de mis novelas”. La rápida entrevista de *El Correo Catalán* vuelve una y otra vez sobre la novela: *La familia de Pascual Duarte* es la que más le satisface y le preocupan más los temas que el estilo.

El colofón de la entrevista aborda la filiación familiar y geográfica del escritor, quien, vanidoso y embustero —pecados veniales de un joven artista— contesta al interrogante de su falta de acento gallego: “No le extraña; mi padre, andaluz y mi madre,

inglesa; aprendí el castellano en Inglaterra". En *La rosa* (1959), primer tomo de sus memorias, dejaría verificado: "La familia de mi padre tiene cierto lustre y cierta antigüedad en la historia de Galicia". He aquí, la certidumbre.

Terminado el viaje a Barcelona, y ya desde Madrid, envía varias cartas a sus amigos catalanes. A Juan Ramón Masoliver le escribe (3-XI-1945): "Mis días en Barcelona fueron tan pasmosos y tan excepcionales, que todavía no he podido darme cuenta de esa tremenda capacidad para la amistad que todos me habéis mostrado". A Nicolás Barquet le confiesa (11-XI-1945): "De su país, la impresión que me he traído no podía ser mejor. Todo lo que esperaba —y esperaba mucho— de esa tierra de excepción que se llama Cataluña, ha sido superado con creces por la realidad". En efecto, la realidad le había permitido redescubrir Barcelona. Lo dejó constatado en un apasionante artículo aparecido en *La Vanguardia* del 15 de diciembre de 1945.

## V

1950 se abre con Camilo José Cela debutando como actor de cine. El 12 de enero en la Sala Coliseum de la Gran Vía madrileña se estrena *El sótano*, dirigida por Jaime de Mayora, "con el nombre —así decía una gacetilla del diario *Pueblo* (13-I)— de CJC, el joven novelista y escritor, dedicado al cine como actor en este film". Meses antes, el crítico cinematográfico, Alfonso Sánchez, le había entrevistado en la revista *Primer Plano* (15-V-1949). En esa desigual entrevista, Cela sostiene que "todo lo que significa acción me atrae", señalando que el camino por el que llegó al cine fue casual: "La vieja amistad que me une con el director Jaime de Mayora, compañero mío en los años de la Facultad de Derecho". A la pregunta de Sánchez sobre qué direcciones debe tomar el cine español, Cela contesta con una reflexión que de seguro era una idea motriz de su estética de entonces: "Sobre la línea de la vida misma, que es el estilo del realismo, e incluso del surrealismo más claro, y huyendo de los temas que carezcan de universalidad".

Ahora bien, de las ilusiones y los preámbulos a los hechos del estreno iba a mediar un buen trecho. La revista *Triunfo* (25-I-1950) certificaba que "el estreno de *El sótano* no ha sido ciertamente un éxito". Más bien fue un pateo, producto de la indignación del público que obligó a retirar la película del cartel de inmediato. Cela con su ademán de *enfant terrible*, frecuente en esos años, se encargó de convertir el fracaso en motivo de un excelente artículo que publicó en *Arriba* el 17 de enero: "Mi tercer pateo".

"Yo hubiera querido ser ese señor de derechas a quien nunca jamás patearon. ¡Qué delicia ser un señor conspicuo, algo burro, serio y ordenancista!" Así se inicia el artículo en el que Cela reconoce que no está hecho de esa apacible madera, y por ello le

habían pateado tres veces. La primera fue en el teatro de Lara —comienzos de la primavera del 48— en la sesión inaugural de las *Alforjas para la Poesía*. En el artículo Cela cuenta que sacó del bolsillo unas cuartillas que empezaban diciendo: “Yo, señores, soy un pobre y pequeño cabrito aterido de frío que se rasca los pliegues del vientre con cierta lentitud e incluso parsimonia”. Al llegar a lo de parsimonia fue el “crujir de huesos y el rechinar de dientes”, el escándalo. Escándalo que debió ser mayúsculo, pues Eduardo Haro Tecglen, en su crónica (14-IV-1948) desde Madrid para el *Diario de África* de Tetuán constata con un pulso medio mojugato:

“La *boutade* de la semana pasada correspondió a Camilo José Cela. Sus poemas surrealistas, subconscientes y un poco absurdos provocaron en el apacible público de la poesía una extraordinaria indignación. El respeto a la letra impresa y al pudor de nuestros lectores —por lo menos, al pudor público— nos impiden reproducir aquí algunas de las cosas que se decían en los poemas de Camilo”.

El segundo pateo fue en la plaza de toros de Cebreros (Ávila) el verano del 49. Acentuando su imagen de *enfant terrible* el joven Cela tomaba, en ocasiones, capa y muleta. Con humor astuto escribe en “Mi tercer pateo”: “mi toreo, si bien no muy lucido, se caracteriza por cierto espartanismo traducido al gallego para mi uso exclusivo”.

El tercer pateo lo recibió con motivo del estreno de *El sótano*, la película en la que Cela redactó los diálogos e interpretó el papel de Loves. Cela no opina del film, pero sí de Mayora, a quien califica de “director valiente, original y dueño de una técnica tan sabia como segura”.

Como se ve, las letras siempre salvaban las otras facetas del joven artista, que ese mismo año 1950 exponía cinco óleos en la sala “Lino Pérez” de La Coruña, insistiendo en su vocación pictórica, que ya había expresado en el otoño del 47 en la exposición de la madrileña sala Clan. César González Ruano, atento a la exposición madrileña, había escrito: admitiendo “que Cela es mucho más pintor escribiendo que pintando”, había que ver las tentativas pictóricas del novelista sin “otra pretensión que la de darle puñaladas al tedio y a lo gris de la vida” (*Madrid*, 5-XII-1947).

En lo que atañe a las letras lo más destacado de 1950 son, además del crecimiento de la frecuencia de artículos en la prensa, las conferencias que impartió en el otoño, en el ciclo “El escritor visto por dentro”, organizado por el Ateneo de Madrid, que en esos años había perdido su nombre de siempre, por el de Liceo Científico. Allí leyó uno de sus más poderosos textos teóricos, “La galera de la literatura”, que publicaría en la revista *Ínsula* en 1951.

El ciclo de conferencias motivó dos entrevistas: en *Arriba* (14-XI) y en *Pueblo* (17-XI), firmadas por Enrique de Aguinaga y por Córdoba, respectivamente. A la pregunta del

colaborador de *Arriba* sobre la finalidad del ciclo, Cela responde: "Hacer una recapitulación, una especie de examen de conciencia. A lo largo de la polémica promovida en torno a mi obra (polémica en la que ha habido de todo) yo me he mantenido al margen. Ahora, al cabo de diez años de actividad literaria, quiero opinar sobre mí mismo". También indica que no sólo va a hablar de las obras publicadas, sino de dos novelas que resultarían claves en su itinerario: *La colmena* y *Mrs. Caldwell habla con su hijo*. CJC le recuerda al entrevistador que va a comentar su producción de cuentos (que estima en cien) y de artículos (alrededor de mil). Toda la entrevista es un reclamo de las conferencias, hecho que encaja perfectamente con lo recordado por su hijo Cela Conde (*Cela, mi padre*): "Mi padre iba a la redacción de *Arriba* muy a menudo, aunque no fuera más que un simple colaborador".

La entrevista de Córdoba, quien además le caricaturiza, es más relajada, tamizada por el humor. En el diario de Juan Aparicio, Cela contesta como prototípico *enfant terrible*: se cree un genio, no aprecia ningún valor en la moderna novela española, asegura que vive de lo que escribe y, finalmente, a la pregunta de Córdoba, "¿Con el tiempo lograrás el Premio Nobel de Literatura?", responde: "Yo creo que sí. En el amor me ha sido mucho más fácil conseguir duquesas que amas de cría". Espejo estupendo del Cela impertinente y genial.

## VI

1952 es año benigno en publicaciones de Camilo José Cela. Tras ver editada al fin *La colmena* en febrero del año anterior en Buenos Aires, salen a la luz en 1952 cuatro nuevos libros: *Ávila* (Barcelona, Noguer), *Del Miño al Bidasoa. Notas de vagabundaje* (Barcelona, Noguer), *Santa Balbina 37, gas en cada piso* (Melilla, Mirto y Laurel) y *Timoteo, el incomprendido* (Madrid, Rollán). Su trabajo literario es incesante.

El martes 18 de noviembre, un grupo de amigos le ofrece un homenaje en el Hotel Palace de Madrid: Cela va emprender en breve un viaje a Argentina y Chile. Será su primer viaje a "diversas repúblicas hermanas", según el manido tópico. Entre otros, comparten mantel Laín Entralgo, Tovar, Ridruejo, Rosales, Panero, Laforet... También están presentes Fraga Iribarne, Pérez Villanueva y Sánchez Bella. Todos nombres significativos. El 23 de noviembre aterrizaba en Buenos Aires, procedente de Montevideo, el escritor gasajado.

No obstante, como si el azar estuviese calculado, y producto del impacto de la publicación de *La colmena*, dos prestigiosos colaboradores de la prensa hispanoamericana, viajeros por Madrid a finales de la primavera y comienzos del verano del 52, habían

aprovechado la estancia para entrevistar a CJC. Se trata del chileno Juan Uribe Echeverría —buen conocedor de la obra de Cervantes y Baroja— y del argentino Andrés Muñoz, destacado crítico artístico. Las respectivas entrevistas aparecieron en *La Nación* de Santiago de Chile el 22 de junio y en *La Nación* de Buenos Aires el 13 de julio. Se trata de dos espléndidas entrevistas, que nos ofrecen detalles muy valiosos del perfil humano y literario del escritor gallego a la altura del 52.

El encuentro de Uribe y Cela se produce en una reunión en la casa que el diplomático colombiano, Eduardo Carranza, tenía en el Barrio de Salamanca. El retrato que sale de la pluma de Uribe al conocer al novelista es éste: “Cela es un hombre alto, delgado, elegante. Cara en gran volumen, mal color, sienes hundidas y mirar huidizo”. Días después se encuentran en el domicilio de Camilo José, en Ríos Rosas, 54, séptimo, izquierda, escala A. Cela le presenta a su mujer y a su secretario, Caballero Bonald. Uribe recuerda las palabras anfibia de Camilo José: “Mi mujer es el único familiar que me entiende. Charo me organiza la vida. Yo fui criado para marino de guerra o diplomático y resulté escritor, que en España es profesión sin dinero y tan peligrosa como el toreo”.

Uribe y CJC conversan acerca de Baroja, sobre la novela (que Cela identifica con “el acta notarial del tiempo en que se vive”), de las aficiones pictóricas, del trabajo continuado (“sí, trabajo como bestia, que es la única manera seria de trabajar”), de los proyectos (Cela menciona ya *Izas, rabizas y colipoterras*, que vería la luz en 1964), etc. En la sabrosísima entrevista, Uribe le pregunta sobre sus lecturas de narrativa extranjera, y, al margen, lo ya sabido, CJC se descuelga con unas referencias inéditas y con una noticia que no he podido verificar: “Entre los franceses, Louis-Ferdinand Celine, que ha vivido en mi casa. De los raros: Melville y Kafka. Sigo con interés a los norteamericanos, especialmente a Saroyan, Steinbeck y Faulkner”.

Cela invita a Uribe a dar un paseo por Madrid, que el escritor chileno traslada de modo magistral a su entrevista “La inquietud de Camilo José Cela”. Antes de llegar al Café Gijón, primera parada del paseo, Cela le confiesa: “Quiero ir a América, en forma independiente. Todo escritor gallego, Valle Inclán dio el ejemplo, debe ir a América”. Al llegar el otoño, se cumpliría el deseo.

El paseo es un borrador de parte de la vida cotidiana de CJC: El Gijón (“Yo odio cordialmente este café, pero es nuestra bolsa de valores”); el bar de Chicote en la Gran Vía; el Pidoux —tan Rubén y tan valleinclaniano— y donde ahora “se exhiben unas damas gordas muy sonrientes y muy complacientes”; el Coq, “un bar inglés, elegantísimo, donde tiene una tertulia de él solo, en mesa aparte que todos respetan”; y, al final y por invitación de Uribe, El Pote, una tasca gallega de la Plaza del Ángel. En compañía del Ribeiro y del pulpo, CJC se explaya: “Yo soy pariente del señor de Montene-

gro, el que inspiró a Valle Inclán". El paseo concluye a las doce de la noche. Uribe y CJC se prometen seguir la fiesta "en Chile... si Dios quiere".

La entrevista que publica *La Nación* de Buenos Aires el 13 de julio es el más completo perfil del escritor aparecido en la prensa hasta ese momento. Andrés Muñoz presenta poliédricamente al escritor gallego a los lectores bonaerenses. CJC le recibe en su casa de Ríos Rosas en horas de atardecer. Muñoz se fija "en la nutrida biblioteca donde abundan los libros de viajes, de costumbres españolas y, sobre todo, las novelas; mucha novela contemporánea y clásica", mientras aprovecha para preguntarle por la novela y por las influencias recibidas. La contestación de Camilo José es un breve y excelente resumen de su poética de la novela:

"Para mí, la creación novelesca responde a estos dos factores esenciales: la observación del mundo exterior y la concepción propia, que pertenece al mundo interior. Junto a estos dos elementos personales, intransferibles, puede haber muy bien un tercer factor: el factor cultural; pero la cultura no tiene por qué ser, necesariamente, un impedimento para el desarrollo de la propia personalidad. Por el contrario, el conocimiento de la obra ajena es un buen auxiliar para construir la propia, sin desmedro de la originalidad. No importa que los materiales sean de distinta procedencia. Lo importante es que en la obra realizada con ellos se refleje la presencia inconfundible del creador".

Cela recorre con tino y lucidez su vida, aunque a tenor de sus memorias —tomos de 1959 y de 1993— introduce algunas fabulaciones. Una de ellas la transcribo con sus propias palabras: "Estuve seis meses en Portugal y un año en París. Yo andaba entonces por los diez y seis años." Son magníficas las evocaciones de los compañeros de estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, la descripción de sus iniciales aventuras poéticas, el pormenor con el que se acerca a la fragua de sus obras más importantes, la sorna contenida con la que se refiere a alguna de sus habituales aficiones, etc. Como botón final de esta espléndida entrevista debo recordar el sugestivo comentario que hace de los escritores de la generación del 98. Me quedo con el de Unamuno: "En Unamuno se dio el arquetipo de la honestidad, de la más cruel y desmelenada honestidad".

A buen seguro los interesados lectores de *La Nación* de Buenos Aires y de *La Nación* de Santiago de Chile supieron de la personalidad de CJC, antes de que el escritor viajase a Argentina y a Chile a finales del otoño del 52.

## VII

Camilo José Cela viaja a Hispanoamérica a fines del otoño del 52 para asistir al Congreso Mundial de Periodistas, que daba comienzo en Santiago de Chile el 2 de diciembre, exactamente un mes antes de que —según noticia del propio Cela en el número

de julio de 1974 de *Papeles de Son Armadans*— “el secretario de la Asociación de la Prensa, don Francisco Casares, me dirigió un atento oficio echándome a la calle”.

Unos días antes de la partida, “el corresponsal en viaje” de *El Mercurio* de Valparaíso, Rodolfo Garcés Guzmán, le entrevista —“Camilo José Cela, silueta en blanco”— en Madrid. Las notas de la entrevista surgen tras una conversación de varias horas, iniciada en un almuerzo y continuada, luego, a través de un emocionante recorrido por Madrid. Garcés Guzmán le presenta a sus lectores: “Es alto, ademanes seguros y calmados, tiene elegancia y señorío y, aunque muchos piensen que es un tío bronquista y batallador, debo desmentir y anotar que es afable, sencillo y buen camarada”. El corresponsal de *El Mercurio* también recuerda que Cela colabora regularmente en *Destino*, “magnífica revista semanal” y en *Correo Literario*, “publicación bien conocida en Chile”.



Camilo José Cela con Antonio Vilanova

Almorzaron en “Carmencita”, la taberna que había frecuentado Pérez Galdós, y que en esos años era hábito de Edgar Neville, Miguel Mihura y el propio Cela. Después Camilo José le lleva a Chicote, “para desmentir el chotis de Agustín Lara, que pregona que es la cuna de la intelectualidad”. El itinerario de una tarde otoñal y madrileña facilita el diálogo, mitad grave, mitad provocador, a imagen y semejanza del artista. ¿Quién es el mejor novelista español contemporáneo?, le pregunta Garcés; Camilo José responde: “¡Yo! Y puedo añadir lo del Guerra. Después de mi Nadie y después Carmen Laforet”.

El perfil privado del escritor también aflora —“quiere mucho a su hijo, un pequeño que gana todos los premios en su clase”— o la conocida generosidad: “Oiga, Garcés, usted se va a sentir muy solo en Navidad. ¡Véngase a mi casa!” Como colofón, el corresponsal chileno deja “inéditas sus respuestas sobre Hispanoamérica; causarán revuelo”.

“Elegante como un lord”—así le retrata el diario bonaerense *Clarín* (25-XI)— CJC pasa unas breves jornadas en Buenos Aires de camino y de vuelta de Santiago de Chile. En muchas de las horas bonaerenses tuvo la compañía de José Blanco Amor, periodista gallego afincado en la capital argentina, donde era redactor del diario peronista *El Líder*, y con el que se carteaba desde la publicación de *La colmena*. José Blanco Amor le hizo una breve entrevista que apareció en *Continente* (XII, 1952), en la que recoge por primera vez la admiración sincera que Cela profesaba a la obra en marcha de Albert Camus: “Su *L'étranger* me parece novela de primerísima fila y sus ensayos de *L'homme révolté*, un libro trascendente y llamado a dejar muy honda huella en el lector”. Conversaciones al margen, el periodista gallego fue un excelente cicerone de CJC por las calles de Buenos Aires, en un ambiente que, años después, 1966, cuando iba a volver de visita a la Argentina, definiría en una carta al profesor Gonzalo Sobejano como “plena histórica apoteosis del peronismo”.

La prensa chilena acoge al gran novelista, con los atributos de “cineasta, pintor, poeta y singular periodista”. La figura del día 3 de diciembre es para *La Nación*, “el prestigioso periodista español, autor de *La colmena*”, mientras durante el congreso comparte el cenit de la popularidad con Curzio Malaparte. La estancia en Chile propició las primeras conferencias que CJC dictó en Hispanoamérica, hablando de la estética de la novela, de cuatro figuras del 98 y de los poetas de menos de cincuenta años, un repertorio que habría de utilizar en más de una ocasión, sobre todo en los duros meses que se avecinaban, al ser expulsado de la Asociación de la Prensa de Madrid y perder su habitual colaboración en *Arriba*.

De las entrevistas que concedió en las semanas hispanoamericanas es oportuno recordar la que publicó *El Diario Ilustrado* de Buenos Aires (12-XII), en la que, divagando acerca del estilo y del oficio de novelista, sostuvo: “El problema del estilo es secundario, y no puede preocupar al autor. En España tenemos a Baroja que escribe deliberadamente mal, siendo un gran novelista, y a Gabriel Miró que escribe extraordinariamente bien, muy bien, sin conseguir la novela”. Palabras que no pueden ser interpretadas como un descrédito de Baroja, pues Cela fue siempre —hasta en sus últimos artículos del siglo XXI— un fervoroso admirador del mundo narrativo de Baroja. Cuestión bien distinta es que sean canónicamente ciertas y ajustadas esas oposiciones, por cierto, demasiado familiares en toda la historia de la literatura española.

A esta singladura americana pertenecen algunas de las olvidadas “Notas de una excursión americana”, que Camilo José Cela publicó en el tomo *La rueda de los ocios*

(Barcelona, Mateu, 1957). Las primeras notas coinciden con sus primeros días de estancia en Buenos Aires y tienen su cierre en la titulada "Meditaciones en Ezeiza". Entendiendo la meditación como el ojo del alma —Bossuet *dixit*—, el viajero se entretiene en meditar lo que vio. Y vio —elogio del mirón— el *carrefour* de Buenos Aires, sus mujeres —primer elogio porteño— y sus inmigrantes —segundo elogio porteño— y la tierra —tercer elogio porteño— y anotó las cien hablas en un solo castellano y observó con penetración que las sociedades humanas de aluvi3n —la porteña o la española— cobran intensidad y permanencia al asentarse, mientras —aguda mirada— alertaba del fuego nacionalista, "que es malo para todos y es peor para las *pre-naciones*, para los mundos que, más saludables y pujantes que las naciones, aún distan mucho de llegar, para su bien, a esa vejez que, para disfrazarla amablemente, llaman *nación* los tratadistas de Derecho político." Notas, en fin, apasionantes.

## VIII

Camilo José Cela publicó en el periódico de Palma de Mallorca, *Baleares*, entre 1946 y 1951 dieciocho artículos. El primero, "Lo que siempre vuelve" vio la luz el 20 de septiembre del 46 y la serie se cerró con "Pérez, el hombre desorejado," que se insertaba en el ejemplar del día 20 de junio de 1951. Se trata de un tipo de colaboración frecuente en esos años, en los que además de *Arriba*, CJC publicó a menudo en las columnas de otros periódicos de la cadena "azul", como *Patria* (Granada), *Imperio* (Zamora), *Amanecer* (Zaragoza) y un nada despreciable etcétera. Precisamente dos años y medio después sería el diario *Baleares*, el que realizó la primera entrevista mallorquina. El artifice fue Pedro Serra, un joven periodista que con los años se convirtió en uno de los grandes amigos mallorquines de CJC. La sección en la que apareció el encuentro entre Cela y Serra era "Díganos usted algo" y el periódico llevaba fecha del 24 de febrero de 1954. El director de *Baleares* era Waldo de Mier, quien al año justo de la llegada de CJC a Palma le escribía (27-II-1955) a su domicilio de Madrid: "Creo que fue anteayer cuando hizo un año que llegaste y me llamaste y ahí empezó nuestra buena amistad ya preparada por todas las cosas que, de común, tenemos los españoles del 36 que estuvimos en la misma línea de trincheras". Waldo de Mier (cuya ideología queda retratada en esas líneas) recuerda con poca precisión, al menos la fecha de la llegada de Camilo José, que fue anterior al 25 de febrero, seguramente el 23, puesto que con esa fecha y "con un pie en el estribo para hacer un viajecillo por dentro del país", Cela le manda una nota desde Madrid al Marqués de Luca de Tena, presidente del consejo de administración de *ABC*. Es de justicia reconocer que Pedro Serra estuvo extraordinariamente diligente en su entrevista con el autor de *La colmena*.

Cela estaba hastiado de la vida literaria madrileña y tenía que hacer los deberes contráidos con la novela venezolana. Estas dos razones le impulsaron, acompañado de

Charo, a la excursión mallorquina en busca del sosiego necesario para la escritura de *La catira*. Años después, en la larga entrevista seriada que Marino Gómez Santos publicó en *Pueblo* durante noviembre del 57, Cela le explicaba: "Vine [a Palma] a pasar una semana, me encontré a gusto, y aquí llevó ya tres años y pico".

Quede pues constatado que todos los testimonios apuntan a que Cela se desplazó a Mallorca tratando de encontrar un escenario tranquilo y relajado, para cumplir su compromiso con el gobierno venezolano, tal y como atestiguan un complejo haz de cartas de los meses de marzo y abril de 1954. Cela, quien negociaba *La catira* con tres editoriales (Revista de Occidente, Destino y Noguera), le escribe a José Pardo de Editorial Noguera (19-IV): "Mi novela venezolana puedo editarla donde quiera porque es *mía*, de mi propiedad. Mi único compromiso con aquel gobierno [...] es escribir un libro cuya acción discorra en su país. Esto es lo que estoy haciendo con *La catira*". Para mayo ya estaba firmado el contrato entre el maestro gallego y la editorial barcelonesa Noguera.

Aceptando la coyuntura de la redacción de *La catira*, creo que hay que insistir en el disgusto que Camilo José tenía con la vida cultural madrileña cuando decide emprender la que resultó ser la más larga singladura de su vida. El mejor argumento es una carta manuscrita dirigida al ministro de Información y Turismo —desde julio del 51, año en el que Franco creó el ministerio— Gabriel Arias Salgado, con quien CJC se había carteadado cuando aquel había ocupado los cargos de secretario de Educación Popular y delegado nacional de Prensa y Propaganda. La carta escrita a comienzos de febrero del 54 tiene el aire del desahogo íntimo de una persona que necesita urgentemente un punto y aparte en sus quehaceres.

Cela —le confiesa a Arias Salgado— quiere poner un poco de orden en su actividad, le conviene "hacer un ligero repaso de la voluntad y un somero examen de conciencia". Estos ejercicios espirituales transmiten amargura y desaliento por la insólita dureza de la censura. CJC se refiere a la reciente publicación de *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, "libro en el que tu censura, como de costumbre, entró a saco con una insolencia ejemplar y un entusiasmo digno de más noble causa". Pero, a la vez, el desembarazo le lleva a recordar que desde 1942 hasta 1954, "no he recibido, por parte del Estado, sino golpe tras golpe". Cela que, sin duda exagera, aunque almacenaba suficientes motivos para estar dolido, se reafirma en que su respuesta al continuo vapuleo oficial no va a ser nunca ni la traición ni la deserción, "armas que jamás han figurado en mi armario".

Dada esta situación, en la que la voluntad no se ha quebrado, pero la paciencia ya no es dique suficiente, le comunica:

"El paso que voy a dar no puede ser más sencillo: me voy. Pero no pienses que me voy al extranjero; la ingenuidad es una grave tara política. Me voy, sí, pero no me voy más que del

medio, de este enrarecido y viciado medio en el que no puedo ni quiero respirar. Cuando el tiempo se encargue de ventilar el cotarro abriendo una ventana —léase esta censura que nos agobia y, lo que es más grave, a cambio de nada— yo regresaré como ahora me voy: tímidamente y sin echar los pies por alto”.

La carta, mejor dicho la confesión, puesto que el texto que Cela redactó de puño y letra no se cursó, termina con una firmeza digna de quien la redactó:

“Ahora me voy a la Cartuja de Burgos, donde creo que me admitirán y donde pienso estar, salvo que tú me lleves a la cárcel, hasta que la ventana se abra. Allí, en medio del silencio, pienso que Dios, que es menos dogmático y más liberal que tú, me ha de dar la necesaria presencia de ánimo para no desmayar”.

CJC inició la excursión mallorquina con un propósito pragmático que no ofrece dudas, pero en el fondo de su conciencia latía la necesidad de irse del insano medio cultural y político madrileño, hasta que las ventanas se abriesen, ventilando y oreando el viciado cotarro. Meses después, con un pulso enérgico e independiente abriría desde las secciones de *Papeles de Son Armadans* una de las más importantes ventanas de la cultura española del mediados del siglo XX. Cela ya residía de continuo en Mallorca.

## IX

“Camilo José Cela, escritor discutido, autor de *La familia de Pascual Duarte*, se encuentra en Palma en el Hotel Maricel”. Tal era la entrada de la entrevista que bajo el martelete de “Camilo José Cela y la objetividad en el novelista” Pedro Serra publicaba en *Baleares* (24-II-1954). En efecto, tras cambiar de opinión, puesto que como ha relatado su hijo el primer destino mallorquín era Valldemosa, el matrimonio Cela pasa a hospedarse en el delicioso palacete del Hotel Maricel en Cas Català, cuya dirección estaba en manos de Tomeu Buadas, futuro gran amigo del novelista y *alma mater* de la intendencia de las “Conversaciones de Formentor” del año 1959, cuando ya era accionista y director del Hotel Formentor.

Camilo José está empeñado en contar al periodista mallorquín las fortunas y adversidades de su reciente viaje por tierras americanas, pero Serra embrida la entrevista hacia “temas que afectan a España”, consiguiendo que el ritmo de las preguntas perfilase al Cela más auténtico: mitad grave, mitad esperpéntico, deformando con el lenguaje una realidad ya de por sí grotesca. Serra le pregunta sobre el tremendismo y su condición de autor de novelas de esa estirpe, y Cela contesta sin ambages: “Esto del tremendismo es una palabra para sacristanes y damas de conferencia”. Serra, con agude-

za, insiste en que el novelista defina sus señas de identidad narrativas, la naturaleza de sus novelas; Cela, que conoce perfectamente el territorio —lo había definido magistralmente en la “Nota a la primera edición” de *La colmena* (1951)—, le dice que su pretensión es “reflejar objetivamente el mundo que me rodea con las más descarnada y cruda sencillez posible”. Pedro Serra le demanda por el árbol genealógico de su obra narrativa; Cela repite los nombres que había destacado más de diez años antes, con especial mención —una más— para Baroja, “el mejor novelista español de los últimos tiempos”. Entre los contemporáneos de valía Cela cita por primera vez a Miguel Delibes junto a Laforet, Agustí y Miguel Villalonga, de quien dice —sin duda recordando su espléndida novela *Miss Giacomini*, que había leído en la edición de 1941 en la editorial de José Janés— que su “gran virtud era luchar contra el tópico de Mallorca”.

En el colofón de la urgente entrevista, CJC insiste en que es de los pocos escritores que pueden vivir de sus novelas, que, en rigor, debería ser corregido ampliando el campo a toda su escritura. Serra le nota muy seguro de sí mismo y como quien no quiere la cosa, anota: “después me habla del proyecto de comprar una casa en Mallorca, una casa en un lugar tranquilo”. El proyecto se cumpliría, tras las etapas provisionales de las casas de Pollensa (la del paseo de La Gola y Villa Clorinda) y de Palma (Bosque, 1 y José Villalonga, 87), con la edificación de la casa de La Bonanova, en Francisco Vidal Sureda, y su estreno en la primavera de 1964. Había pasado una década desde la confianza a Serra, que *Baleares* había destacado en primera página.

Cela fue a Mallorca con los deberes de *La catira*. Los llevó a cabo con estricta puntualidad. El primero de junio del 54 le dice a Néstor Luján —quien le entrevista en *El Noticiero Universal*— que de *La catira* “tengo cuatro capítulos escritos”. A comienzos del otoño varias cartas a José Pardo, con membrete del palmésano Hotel Virginia, hablan de la finalización de los trabajos. Habían sido siete meses largos, fecundos y continuados en la isla, salvo una salida a Barcelona a finales de mayo. En una entrevista que bajo el marbete de “Adiós a Camilo José Cela” ofrece *Baleares* del 3 de octubre, el escritor se explica ante el periodista, que debía ser Pedro Serra:

—En Mallorca he vivido y he trabajado a gusto; en Palma empecé y en Puerto Pollensa puse punto final a mi novela *La catira*, en la que recojo las innúmeras sugerencias de mi viaje del año pasado por tierras venezolanas; en Mallorca hice buenos y numerosos amigos...

—¿Cuántos?

—¡Cualquiera se atreve a enumerar! ¡Muchos! ¡Muchísimos! Quizás salvo La Coruña donde nací, y Madrid, donde vivo desde niño, sea Mallorca el rincón de España donde tengo más amigos. Creo que el dato no deja de tener una pequeña importancia.

—¿Te vas contento de la isla?

—Sí, sin duda alguna, muy contento. Mallorca ha sido para mí un descubrimiento: a pesar de la propaganda inhábil que suele hacer el Turismo”.

El 11 de octubre CJC partía para Madrid. Se cerraba el prólogo de su larga estancia en Mallorca, que se abriría meses después, ya 1955.

Durante los días mallorquines del 54, Cela es el sujeto de dos artículos de Lorenzo Villalonga, "Dhey" en *Baleares*. Ambos, especialmente el rotulado "Secretos" (15-IV) tienen como telón de fondo el debate sobre la objetividad en la novela: tema apasionante, pues *La colmena*, primero, y *El Jarama*, dos años después, fueron objeto de discusión por parte del autor de *Bearn*, quien aprovecha la conferencia que el crítico y profesor Antonio Vilanova impartió en Palma a comienzos de abril, para reflexionar sobre el objetivismo y la subjetividad en el arte narrativo del día. También en ese intervalo aparece en *Cort* (29-VIII) una interesantísima reseña de *Mrs. Caldwell habla con su hijo* (1953) a cargo de Guillermo Sureda Molina, tan excelente ensayista taurino como penetrante crítico literario. Sureda en una carta del 2 de julio le adelantaba que "es uno de tus libros que más me han gustado, [...] extraordinariamente poético".

Creo, no obstante, que el mejor testigo de los primeros compases de Cela en el mundo literario y artístico mallorquín resulta ser la entrevista que le realiza Sureda en *Cort* (24-IV). Cela reside en esos momentos en José Villalonga, 87 y se ha dejado barba. Sureda pauta el encuentro por el diapasón que había utilizado Serra dos meses antes, con algún curioso añadido. Vale la pena mencionar una reflexión de Cela a renglón seguido de la petición que le formula Sureda sobre la necesidad de un libro de "andar y ver" por Mallorca, salvando los consabidos tópicos. Cela le dice: "De esos tópicos tienen Vds. la culpa. A mí, por ejemplo, los almendros en flor no me gustan nada. Se me antojan niñas con trajes de primera comunión, ¡horrible! Puede que escriba algo sobre Mallorca, aunque me seduciría más hacerlo sobre Palma, que es una ciudad particularísima". La letra microscópica de su escritura no recorrió nunca con detenimiento los caminos de la isla ni el mundo moral social de Palma. Mallorca no fue tema destacado de su obra, sería, en cambio, el escenario más imprescindible de su trayectoria toda de escritor.